

## **AGENDA CIUDADANA**

### **EXTRAÑANDO A EUROPA**

**Lorenzo Meyer**

**EL PROBLEMA.** En un programa de doctorado en América Latina contemporánea que se imparte hoy en una institución universitaria de Madrid se incluye un curso sobre política mexicana. De la docena de estudiantes inscritos, ¡sólo dos son españoles! El indicador es claro: lo que hoy interesa a los europeos, incluidos o sobre todo a los españoles, son ellos mismos: la Unión Europea y la Europa y la Europa del este. América Latina ocupa un lugar secundario en la lista europea de prioridades; para los españoles, por ejemplo, después del África del norte, un área más cercana que el subcontinente que empezaron a colonizar hace 500 años. Pero si el viejo mundo puede darse el lujo de casi olvidar a la América Latina, creo que los latinoamericanos mal podríamos pagar con la misma moneda, en particular los mexicanos. A querer que no, necesitamos a Europa.

**UN PRINCIPIO CONFLICTIVO.** Una vez proclamada la independencia, las autoridades mexicanas consideraron que la principal amenaza externa a la soberanía recién adquirida provenía de Europa; pero también ahí mismo estaba la solución al problema: en las islas británicas. Si México lograba establecer una relación especial con Inglaterra, la mayor potencia del mundo, quizá se tendría a Londres como aliado contra los intentos de reconquista de España. Incluso si éstos eran apoyados por la Santa Alianza. Poco después, cuando la joven República Mexicana perdió la posibilidad de recuperar la provincia separatista de Texas, los gobiernos mexicanos de nuevo volvieron los ojos hacia Europa –Inglaterra y Francia- como el factor que podía ayudarles a hacer frente a la terrible presión que venía del norte. Finalmente, el resultado no fue el que México hubiera

deseado, pero desde entonces quedo claro que, frente al peligro que representaba para el interés nacional mexicano la antigua metrópoli o el expansionismo y sentido imperial de Estados Unidos, en Europa se podía buscar un contrapeso. Siglo y medio más tarde, sigue estando en el interés nacional de México formar y sostener una red de intereses en Europa por la misma razón: para balancear presiones.

**EL ORIGEN DE LA HISTORIA.** En el origen de la vida independiente de México, Estados Unidos fue visto como una fuente de inspiración ideológica y un aliado contra la vieja Europa. Tal actitud era razonable, después de todo, la sociedad norteamericana había tenido la fuerza para inventarse a sí misma como la primera nación del continente, crear instituciones políticas novedosísimas –la Presidencia y los partidos- e impulsar el inicio de un gran crecimiento económico. Sin embargo, México prefirió finalmente dar prioridad a su relación con Londres y no con Washington, pues Inglaterra era el centro de la economía mundial, no tenía ambiciones territoriales y podía, si se lograba convencerle, neutralizar las amenazas españolas contra de la independencia recién adquirida. La decisión mexicana fue la correcta, pues tras el fracaso de la expedición española que desembarcó en el Golfo comandada por el general Barradas, se hizo evidente que el verdadero Talón de Aquiles de la soberanía mexicana no era ya la poco probable reconquista, sino la enorme y despoblada frontera norte, tan amenazada por unos Estados Unidos que se habían puesto en marcha hacia el Pacífico.

Tras la separación de Texas, México pidió ayuda económica y política a Inglaterra para volverla a anexionar, pero Londres no considero prudente meterse en problemas con los agresivos norteamericanos –ya tenia suficientes conflictos con Washington por el Oregón- y menos en defensa de un país cuya capacidad de

autogobierno u viabilidad estaba en entredicho. Lo más que entonces hizo la Foreign Office fue aconsejar al gobierno de México la conveniencia de reconocer la independencia de Texas y contribuir a crear allí un “Estado colchón” entre la antigua Nueva España y los agresivos Estados Unidos. Fue ése un buen consejo, pero que los mexicanos no estaban en posibilidad de seguirlo. La guerra entre México y Estados Unidos se desató y los ingleses simplemente se desentendieron del asunto.

A raíz del desastre de 1847, Europa pareció abandonar toda esperanza en relación a México, pero a mediano plazo volvió a interesarse en ese país productor de plata. Por su lado, los norteamericanos se sumieron en su gran guerra civil y el partido conservador mexicano se propuso reinstalar la estabilidad con base en instituciones ya probadas por los europeos, como una monarquía moderna encabezada por un príncipe europeo. Para ese momento, España ya no estaba en la capacidad de intentar asumir responsabilidad de tamaña empresa e Inglaterra seguía desinteresada en el tema mexicano salvo por su interés en cobrar los préstamos que había hecho años atrás al gobierno de Guadalupe Victoria con intereses leoninos. Fue entonces el momento de Francia. Napoleón III decidió jugar a fondo sus cartas y apoyó la creación de un segundo imperio.

El apoyo militar francés al proyecto monárquico encabezado por Maximiliano de Habsburgo fue desaprobado por Estados Unidos pero tuvo el visto bueno de, por lo menos, España, Austria y Bélgica, más la tolerancia de Inglaterra. La idea básica de quienes alentaron al archiduque austriaco a hacerse cargo de los destinos de México, era crear un tapón al expansionismo e influencia de Estados Unidos al sur del Río Bravo y preservar así al resto de América Latina contra el “Destino Manifiesto” y como campo de influencia de Europa, particularmente de

**Francia. Como sabemos, el empeño europeo termino en un desastre, pues en México nunca ceso la oposición armada a la presencia francesa y Estados Unidos salió de su guerra civil no como dos países, sino como uno solo y muy fortalecido. Washington dio entonces un ultimátum a Francia para que reembarcara su fuerza expedicionaria y no volviera a desafiar a la “Doctrina Monroe”.**

**USANDO A EUROPA. Después de proceder al fusilamiento del emperador austriaco, el gobierno de Benito Juárez se encontró sin relaciones políticas con Europa, pero eso no le importó mucho, entre otras cosas, porque ya tenía el apoyo norteamericano y, además, podía posponer el pago de su deuda con los países del viejo continente. Sin embargo, su sucesor, el general Porfirio Díaz, decidió ya no prolongar ese aislamiento de México respecto del viejo mundo, negociar el pago de lo que se debía, y contar con un contrapeso frente a Estados Unidos.**

**Días fue el primer dirigente mexicano que estuvo en capacidad, y tuvo la voluntad, de diseñar y poner en marcha una política que aprovechara las naturales contradicciones entre los imperialismos norteamericano y europeo en México. En efecto, pasada la etapa de consolidación de su gobierno y ya instalado en el proceso de reelección sistemática, Díaz llevó a cabo una fructífera, al menos para los intereses que él representaba y promovía. A fines del siglo XIX, Europa en general, e Inglaterra en particular, era la principal fuente de capital y tecnología en el orbe. El presidente Díaz buscó y estableció una muy buena relación personal con el principal capitalista inglés que llegó a México: el contratista Weetman Pearson. Tan buena resultó esa relación, que Pearson hizo socio suyo al hijo de Díaz: al coronel Porfirio Díaz (Porfirito), en su empresa petrolera “El Águila”. Los banqueros y textileros franceses volvieron a ser bien aceptados y lo españoles, que**

por fin había en México en ambiente de paz y respeto al extranjero que necesitaban para desarrollar a plenitud sus actividades. Para Díaz, la presencia europea en la minería, los ferrocarriles, la industria textil y química, la Banca, la agricultura y el comercio, fue el contrapeso indispensable a la creciente e inevitable influencia norteamericana. Con mucha discreción y sigilo, Díaz incluso apoyó a España en su lucha contra Estados Unidos en 1898 con el propósito de ayudar a mantener a Cuba fuera de la órbita norteamericana.

En 1910, la inversión de Estados Unidos en México era la más importante de entre las extranjeras, pero el conjunto de la europea la balanceaba. Evidentemente el comercio exterior estaba mucho más centrado con Estados Unidos, pues hacia allá iban los ferrocarriles, pero el que se efectuaba con Europa no era nada desdeñable y había que fomentarlo.

**REVOLUCIÓN Y CAMBIO.** Con la caída del régimen porfirista en 1911, los europeos vieron destruido un arreglo político que les había resultado muy conveniente. A partir de entonces y con mayor o menor intensidad, los países del otro lado del Atlántico mantuvieron una gran esperanza en el triunfo de la contrarrevolución y en la restauración del *status quo*. En el inicio, los norteamericanos también compartieron esa visión, de ahí la activa colaboración europeo-norteamericana en febrero de 1913 que mucho contribuyó a la caída del gobierno del presidente Madero y a entronizar la dictadura militar de Victoriano Huerta. Sin embargo, a partir de mediados de ese año, la situación cambió. Con el inicio de la Presidencia de Woodrow Wilson, Washington retiró a su embajador – el tristemente celebre Henry Lane Wilson- y modificó su planteamiento de fondo respecto a México. El presidente Wilson decidió que el interés de largo plazo de Estados Unidos en el país vecino del sur requería de una estabilidad basada no en

un dictador militar sino en instituciones con legitimidad, de preferencia democráticas. Fue por ello que si bien Wilson tuvo muchos problemas con Carranza, finalmente combatió fue a Victoriano Huerta, a la contrarrevolución. En contraste, los europeos consideraron que una sociedad como la mexicana sólo podía ser gobernada por una mano fuerte, como la de Díaz o Victoriano Huerta. Sin embargo, Europa no pudo hacer ya gran cosa por restaurar al viejo régimen, y menos después de que estalló la Gran Guerra en 1914. Lo único que entonces preocupó a Inglaterra y Francia fue que el petróleo mexicano continuara fluyendo, que Alemania no saboteara los pozos y que Estados Unidos no comprometiera tropas que podrían ir al frente europeo en una invasión de México.

Después de 1918, México quedó irremediadamente dentro de la órbita política y económica norteamericana. Fue con Estados Unidos con quienes los revolucionarios mexicanos pactaron a fines de los años veinte un acuerdo de fondo, y los europeos simplemente se tuvieron que plegar a las decisiones tomadas, aunque sin convicción. Las tensiones provocadas por los cambios que trajo consigo el cardenismo en los años treinta ya no modificaron este panorama sino que, por el contrario, lo consolidaron. Con la expropiación petrolera de 1938, Inglaterra cortó su relación política con México y el posterior triunfo del franquismo en España tuvo un resultado similar. Finalmente, la II Guerra simplemente reforzó el aislamiento mexicano respecto de Europa aumento la soledad de México frente a Estados Unidos.

**LA UNION SOVIETICA.** Cuando la II Guerra concluyó,, México, por primera vez en su historia, era aliado militar, económico y político de Estados Unidos y no había ya nada que, desde la perspectiva mexicana, balanceara esa relación. A mediados del siglo, la Europa, con la que tradicionalmente México

había mantenido relaciones, se desdibujó –poca inversión y poco comercio- pero, extrañamente, emergió otra Europa, la del Este, que, de manera indirecta y sin proponérselo, le resultó importante a México para negociar con Washington. La URSS nunca le dio mayor importancia a México, pero su mera existencia como el otro gran poder internacional, le vino muy bien al régimen mexicano, que contó así con la carta del anticomunismo nacionalista para jugarla en su inevitable e intensa relación con su vecino del norte. La gran estabilidad postrevolucionaria de México –basada en un autoritarismo al que Estados Unidos calificó de democracia- le dio a los gobernantes mexicanos una independencia relativa frente a Washington que no fue común en América Latina.

**LA SOLEDAD Y LA POSIBILIDAD DE ROMPERLA.** Cuando finalmente el equilibrio mundial creado por la guerra fría desapareció en los años noventa, Estados Unidos quedó como la única gran potencia militar del mundo y México volvió a resentir la soledad de su relación con el vecino del norte, sobre todo porque su modelo económico seminacionalista y semiautárquico se hundió y a toda prisa debió ser sustituido por otro basado en un tratado de libre comercio con Washington, es decir, en la integración con la gran potencia, sin posibilidades de equilibrarla acercándose a otros actores internacionales.

Como quiera que se resuelva el problema de la transición política mexicana y quien quiera que quede al frente de los destinos de México en el siglo que viene, va a ser necesario introducir un equilibrio en la relación mexicana con Estados Unidos para mantener la viabilidad del país como entidad con identidad. Europa, que por tanto tiempo fue un apoyo para las aventuras neocoloniales o regímenes de derecha en México, hoy tiene la posibilidad de jugar un papel más positivo; aumentar su intercambio con México mediante la firma de un tratado

**comercial y reconstruir, aunque parcialmente, el equilibrio de influencias externas que nuestro país necesita. Si para conseguir construir una relación sustantiva con la Unión Europea es requisito que México sea una democracia *bona fide*, mejor que mejor, pues entonces el factor europeo resultará un estímulo para consolidar y no para destruir, como fue el caso en 1913, la tan buscada y aún encontrada transición mexicana a la democracia.**